

CÉSPEDES Y MENESES, GONZALO DE (1585?-1638)

*SUCESOS TRÁGICOS DE DON ENRIQUE DE SILVA*

CAPÍTULO I

No sin particulares fines he dispuesto tan nueva digresión, pues casi iguales términos, semejantes querellas y aun mayores quejas suspiraba ofendido en la ciudad de Goa el noble caballero don Luis Antonio, uno de los personajes principales de esta tragedia, capitán portugués de admirable valor, y a quien por sus hazañas se le había dado el gobierno y tenencia de una fortaleza importante y de las más esenciales que aseguran, en aquellas remotísimas partes, la majestad de la Corona. Mas como en tales y tan grandes cargos sobra tanto de lo que he referido, la envidia rindió tiranamente su inocencia, y sin ser poderosos los medios con que se procuró atajar en España, al fin el Supremo Consejo le obligó a ceder el oficio, y remitió órdenes para que, en son de preso, el virrey le enviase a Lisboa. El progreso de tan larga jornada viene a ser piedra fundamental de nuestra historia, y así, aunque moralizados, fueron inexcusables sus principios y causas.

Esperaba, con la resolución dicha, don Luis Antonio que las naos de la India se aprestasen, y como también se le mandaba llevar su casa, en el ínterin, haciendo traer a Goa sus mejores prendas, su mujer y una hermosa hija, iba previniendo el viaje y disponiendo de su hacienda, que era bien poderosa, hasta que, llegado el tiempo conveniente, se hicieron a la vela.

Era el virrey persona de condición severa, y así, o bien por esta causa o por las que le oponían a don Luis al entregarle, casi públicamente protestó y encargó su guarda al capitán mayor o general de la Armada. el cual, no obstante que la nobleza de su ilustre sangre y el ser un gran soldado y caballero no menos que de la clara estirpe de los Silvas contradecía semejantes rigores, viendo cuán circunspecto lo entregaba el virrey, no pudo excusar su mayor recato y con él la seguridad de su crédito. Hízole embarcar en su misma nave, y en ella, como más a la mira, le trujo, no tan gustoso como quisiera y según el preso merecía.

Púsole, si no prisiones como se le ordenaba, al menos cuatro postas para que le asistiesen. Requirióles su guarda, cuidó de su advertencia, y, finalmente, en la disposición de tales diligencias, granjeó poco a poco el mayor odio y rencor del afligido don Luis y su familia, a quien, pareciendo en medio de tan inmensos piélagos y mares exorbitante y aun impertinente tanto cuidado, llegaron a sentirle por vejación y aun a morderse y lastimarse en secreto y en público.

Fomentábase con estas cosas una sedición en el navío y aun en toda la armada; porque si bien el Silva era su general y capitán mayor, don Luis Antonio era de los más compañero, de algunos deudo y de todos amigo; conque teniendo el capitán por conveniente cumplir

sus órdenes, no aflojando el cordel, antes aumentando el recato, en la ocasión primera mandó pasar, de otro en que iba, a su bajel a don Enrique, su hijo.

Era este mancebo valeroso, arriscado y valiente, y a quien con respeto y aplauso estimaba el armada por tan buenas partes, importante en aquella sazón, como al fin pareció, pues con su presencia no sólo se quietaron los sentimientos y quejas, mas se moderaron los rigores y guarda del preso; porque su padre, dejándole a su cuenta, dio lugar a que en ella dispusiese a su gusto.

Con esto, lo que hasta entonces no había hecho, forzado de su obligación y cortesía, emprendió don Enrique ahora, visitando a don Luis en su estancia y cortejándole para su diversión y consuelo lo más del tiempo, atajar los comenzados rencores y dejar antes deudor al preso en su agasajo, que lastimado y quejoso en su aspereza.

Y hubiérale valido a don Enrique el estarse en su nave y el ser menos cortés, menos piadoso, no menos que su total quietud, la tranquilidad de su alma y el sosiego y paz de su corazón. ¿Quién podrá imaginar, antes de leer estos discursos, que de tan heroica virtud, de tan noble trato, de términos tan concertados y honestos naciera para aqueste mancebo el principio de su perdición, el origen de sus trabajos y, en fin, con su muerte, el remate de ellos? ¿Y quién será tan loco que se atreva a presumir que entre las procelosas ondas del Océano, entre su cana espuma, entre sus aguas y en la opresión y cerco de un tan fuerte y contrario elemento, podían engendrarse las encendidas llamas, el fuego ardiente, que en breve tiempo, como presto veremos, fue incendio lastimoso y miserable ruina de su alma?

## CAPÍTULO II

### *Origen del amor de don Enrique*

Realmente que cuando así en aqueste como en los pasados sucesos que he escrito, llevo a considerar los medios, los caminos por donde previnieron algunos, o ya su dicha, o ya su mala suerte, que pierde pie mi humilde entendimiento y se anega y confunde el juicio y el sentido y, encogiendo los hombros, sin más rastrear secretos tan ocultos, reverencio admirado la causa superior que los gobierna.

Ya referí al principio como don Luis Antonio traía toda su casa, su esposa y una hija, cuya belleza portentosa aunque entonces la pasé en silencio, ahora que ha de dar tal materia a esta historia no es posible excusarlo; porque, además de ser digna en todo de alabanza, la fama, que aún hoy dura en la India, de su hermosura y la que en Lisboa permanecerá por muchos siglos, obliga al más sutil pincel, a la más bien cortada pluma.

Era doña Leonor, que así se llamaba este bello sujeto, moza de poca edad, mas tan gentil de cuerpo, talle y disposición, que cualquiera juzgara sus años por mayores; y a este mismo modelo seguían las demás facciones, el brío, el donaire y la virtud y discreción del alma. De suerte, que si en ésta era admirable, en su cuerpo era peregrina, formándose de tantas excelencias un divino portento, un asombro de virtud y hermosura; y aun parece que ni queda exagerado, ni encarecido bastantemente.

A este dulce espectáculo, monstruo en belleza, tal vez descuidados, y aun libres, miraron atrevidos los ojos del incauto mancebo, llevando, como siempre acontece, tras del atrevimiento y delito, la pena y castigo de su descuido y libertad.

Teníanle sus padres, en Lisboa, casi ya concluido un casamiento con una prima suya, tan rica como hermosa, y sobre todo, el empleo y caudal de su primero amor; y por cuyo respeto, si no digo desdén, había padecido no pequeños disgustos; y ahora sólo acabar su viaje dilataba su posesión. Y así, con tal empeño, parecíale que ni había causa en el mundo para que sus obligaciones y fe faltasen, ni peligro ni objeto que hiciese su palabra venir a menos. Con tan flaca defensa, que en un instante se desvaneció como humo, contándose, como dicen, por casado y, por el consiguiente, por seguro, dio franca y libre puerta a su dos ojos y rienda a su inadvertencia y presunción, hallándose, cuando menos pensó y quiso retirarse, precipitado en un abismo de deseos y rodeado de murallas tan fuertes, que juzgó por eterna su prisión y su libertad por irremediable.

Olvidó el justo empleo que alborozado le volvía a su patria, la perseverancia prometida y, para mayor muestra de su exceso y locura, dio al mar un hermoso retrato de su prima y futura esposa. Señales eran éstas mortales, accidentes eran aquestos de una furiosa calentura, y sus efectos, aunque bien encubiertos, fácilmente saliendo como el fuego a la boca, fueron patentes a su dama; y aunque advertidos de su discreción, en ninguna manera acogidos de su honesto pecho.

Sabía ya doña Leonor las aplazadas bodas; y aunque esto así no fuera, su presunción altiva, su recato y honestidad bastaran a contrastar fuerzas mayores y mayores peligros, o al menos extremos semejantes juzgaba ella de su entereza y cordura; si bien yo dificulto tan igual conveniencia y temo que tales presunciones suelen dar en terribles bajíos; porque ser confiado y ser prudente, de suyo trae la contradicción y repugnancia. En fin, de aquesta su suerte, ya en las primicias de este amor, ya en la austeridad y encogimiento de la dama, se iba prosiguiendo aquella larga y tenebrosa navegación, con tan prósperos vientos que, hasta invernar en Mozambique, por no atreverse entonces a doblar el Cabo, ninguno fue de tan siniestra condición como la mal correspondida voluntad del amante, que a vela y remo caminaba sin esperanza de seguro puerto.

### CAPÍTULO III

*Inverna nuestra armada en Mozambique; diferencias entre los capitanes, y otros varios sucesos en la navegación y amor de don Enrique, etc.*

Llegaron al término que tengo dicho las poderosas naves y, juntamente, según lo han de costumbre, albergaron quietas; aunque no así el preso don Luis, porque el ocasión de hallarse en tierra acrecentó su guarda y, por el consiguiente, incomodidades forzosas. Sentía este caballero la desconfianza del capitán mayor y, sobre todo, que, siendo de una misma ciudad y naturaleza, pudiesen con él tan poco sus merecimientos y partes, de adonde, volviendo a los encuentros pasados y sus enojos, llegaron al punto de quien jamás descaecieron. Con que si bien don Enrique, por su propio interés, deseó apaciguarlos, aunque hizo como antes lo que quiso de su padre y acomodó a don Luis, ni

por eso se reconciliaron, ni el tierno amante volvió a la comunicación de sus visitas. Con que, lastimosamente muriendo, pasó aquel temporal, hasta que, al cabo de algunos meses, embarcándose, sin mejor esperanza, volvieron al viaje, y él, por la cercanía, a poder ver mejor a su dama, sin la limitación que en la tierra.

Tenía muy buena voz e igual destreza en la música, y así, por medio de ella, diversas veces entendió doña Leonor los conceptos y ternuras de su amante; porque las más noches, en los corredores de popa pasaba desvelado, o ya cantando al son de la vigüela, o ya vertiendo amorosas lágrimas; si bien, a tantas quejas, a tan amargo llanto, siempre doña Leonor estuvo sorda siempre cruel y siempre desdeñosa. Con que el abrasado mozo, reconociendo su desdicha, perdió pie en su remedio; y al paso que le iba faltando la esperanza, a ese mismo crecían sus tristezas, y perdiendo el vigor vino a rendirse, cayendo en una peligrosa enfermedad con la cual, cesando el breve alivio de la vista de su dama, se aumentó su accidente y con él el peligro de su vida.

Llorábale su padre tiernamente y aun todos los soldados y oficiales, de quien era bien quisto; y no era don Luis Antonio quien menos lo sentía, porque reconocía que, si algún buen pasaje se le hacía, era por su medio y diligencia. Sólo doña Leonor, constante y firme como roca a estos golpes, corría parejas en el sentimiento lícito, no en el que a tan extraño y prodigioso amor debía.

En este ínterin, el mal del pobre enfermo, por instantes, por puntos, caminaba a prevenir su muerte, apresurada tanto de la causa dicha, como de las incomodidades del navío, golpes y vaivenes del mar, que también a esta sazón, con un viento deshecho, andaba por los cielos, hasta que reconociendo las Terceras, casi forzosamente hubieron de arribar a ellas; con que siendo preciso reparar los bajeles, en el entretanto, la ocasión a propósito obligó a saltar en tierra al capitán y a que sacasen a ella a su hijo y a don Luis y su gente, que todos venían con achaques diferentes.

Alojáronse juntos unos y otros en las casas del gobernador de aquellas islas, que para facilitar mejor su cura del noble don Enrique, acertó a ser no menos que su tío. Tenía este caballero dos hijas doncellas, de quien y de su madre casi igualmente fueron con los parientes recibidos don Luis y su mujer y, sobre todo, la hermosa doña Leonor, porque su belleza y cordura no sólo causaba admiración, mas se hacía amable.

Ya se sabe cuán tiernamente se agasajan los de aquesta nación, y cuán poco deudo, obligación y conocimiento han menester para regalarse; y, supuesto lo dicho, no tengo para qué encarecer las caricias de tales huéspedes, ni la piedad y amor con que el doliente mozo sería curado. No se apartaban de él un punto sus dos primas, y si algún breve espacio le faltaban, era sólo para hacer compañía a su dama, por la cual, encargando su gusto, cada instante preguntaba don Enrique; y, en medio de sus ansias y congojas, aquel su dulce nombre le alentaba con tal demostración que fácilmente las piadosas señoras dieron en su desvelo y, poco a poco, en el origen cierto de su peligrosa enfermedad. Confesólo asimismo, casi ya desconfiando en su remedio, el tierno amante y, cubiertos de lágrimas los ojos, las pidió que a lo menos, en habiendo muerto, le dijese a doña Leonor su infeliz suerte, y con tristes suspiros les contó, juntamente, su perseverancia y firmeza y el descuento que en desdenes, tibiezas y rigores le había reducido a tan mortal estado.

No se holgaron poco las dos damas de que su sospecha saliese cierta, porque del entenderla confirieron en la salud del primo más segura esperanza, y en el consuelo de sus penas igual remedio; con lo cual, alentado su descaecimiento, tomaron tan a pechos su amorosa empresa, que sin más dilatarla, aun antes de acostarse aquella noche, sabía doña Leonor ya de su boca lo que mucho tiempo antes se tenía ella muy mejor entendido.

## CAPÍTULO IV

*Persuaden con porfía las dos clamorosas a doña Leonor, y ella declara su última voluntad*

Quiero que antes de pasar adelante, ni que el lector se entere en los sentimientos fingidos, enojos disimulados y razones severas con que rechazó doña Leonor la intercesión de las dos primas, sepa también la altura, los términos y rumbos en que la hallaba el peligro de su muerte, su larga enfermedad, su tierno amor y su mayor constancia. para que así, más claramente penetrado este punto, reconozca cuán cortas son las fuerzas de una frágil mujer, cuán breves sus rigores y cuán fáciles sus resistencias; y, mayormente, combatida y poco recatada de un continuo cuidado, de unos dulces gemidos, de un largo padecer, de unas fingidas o verdaderas lágrimas, de una solicitud amorosa, y, sobre todo, de un forzoso y cruel disimulo, de su recato vergonzoso y de su natural honestidad y acogimiento.

Nunca a doña Leonor le pareció mal don Enrique; antes, siendo sus partes tan gallardas, su condición tan generosa y su cortesía tan bien experimentada, era fuerza y obligación precisa que en su pecho hubiese causado diferentes efectos de los que ella mostraba, como realmente era lo cierto; mas tenía a raya el saber que él iba a casarse, y sobre aquesto, su pundonor honesto, que éste era incomparable. Por esta causa y por razón tan cierta, llano es que, aumentándose en la continua vista el fuego de esta viva centella, y creciendo al rigor de un vivo viento, tan deshecho y, mayormente por su causa, en términos de muerte un mozo tan gallardo, que había de contrastar sus intentos y desvanecer sus honrados propósitos.

Declarada, pues, esta enigma y entendido que, aunque oculto, en su pecho triunfaba amor de su constancia, fácil me será el persuadir que no podía, en la sazón de entonces, suceder a doña Leonor cosa más deseada ni conforme a su estimación y entereza, porque ya, con su mayor contradicción y esfuerzo, había cobrado alientos su amoroso desvelo, y de tal suerte se hallaba sumergida y ahogada que, a dilatarse más la diligencia de las dos damas, saliera de ella el descubrir a voces su sentimiento o, por lo menos, se declarara infaliblemente por cualquier camino con don Enrique; que no hace menos furiosa batería querer así oponerse, resistiendo, disimulando y a brazo partido, con este ciego y rapacillo amor.

Este era el término y estado en que la cogió el tierno recaudo de su amante, y en quien los piadosos ruegos de aquellas damas pretendieron ablandar su corazón de cera, si bien para los dos probó a mostrarse entonces de acero duro, y con disimulación y enojo tan tingido y dispuesto que, viéndose, en medio de sus muchas querellas, tocar en la estimación y aun en la obligación y fe de ser su huésped y, por el consiguiente, mal correspondida,

casi se hubieran de hallar muy arrepentidas. Mas oyendo que, en el progreso de sus quejas, mezclaba artificiosamente las generosas partes de su primo, su igual conocimiento y, últimamente, que a no juzgarle por casado, o en términos de estarlo tan presto, no las culpara tanto; entendido el descuido exagerado, la dieron por rendida y, apretando la cuerda, apenas de parte de don Enrique las dos la aseguraron en su recelo, pues no era puesto en razón ni aun lícito pensar que él pretendiera tan ilustre mujer menos que para un loable fin, cuando la abrasada señora hizo público alarde de su amor y rompió, no sin lágrimas, el velo de su disimulación y recato. Con lo cual, aclamando victoria, a persuasión de las dos primas se determinaron a hacer la siguiente noche, secretamente, una visita al doliente mancebo, o por mejor decir, a llevarle la salud y la vida, como en efecto sucedió; porque alcanzado el sí de doña Leonor, en hora conveniente y en el peso y silencio de la noche entraron unas y otras, llevando en medio el verdadero antídoto y remedio del enfermo, al cual, en vez de la salud que deseaban, inadvertidas hubieran acarreadole la muerte con tan impensado y repentino contento.

## CAPÍTULO V

*Llega a salvamento la armada, y en Lisboa se va más alentando el enojo y rencor de don Luis Antonio*

Teníanle a don Enrique sus continuas congojas en un suspiro eterno, desvelado y sin sueño y, por otra parte, la enfermedad terrible y el no comer, desalentado y débil. Y así no fue mucho juzgar a la primera vista tal suceso por alguna de las transformaciones de Ovidio; y, en hecho de verdad, no pasó menos; porque, alborotado y lleno de temor y respeto, en viéndolas, se quiso, para hacerles conforme reverencia, arrojar del lecho; y ejecutáralo si al punto no le detuvieran sus primas, y con el nuevo desengaño y nuevas de su buena fortuna, reprimieran su intento; aunque esto no fue de suerte que, a contento tan grande y nunca esperado en su concepto, él pudiese expresar alguno que lo pareciese, ni menos asegurar su turbado espíritu, si bien con todo, agradeciendo con locuras de amor este favor inestimable, dejó lugar a que sus dos primas le hablasen y doña Leonor le satisficiese. Dijo, pues, la hermosa dama, cubierto el rostro de vergonzosa grana, entre otras muchas cosas con que pretendió disculpar su esquividad y rigor, la fuerza que sus primas la habían hecho, lo que su amor la tenía obligada y cuánto deseaba su primera salud, dio un pequeño rasguño en su correspondencia y, finalmente, aumentándose el virgíneo color con la seguridad de su fe y palabra, aseguró igualmente la suya y sus temores; con que brotando el corazón del que la oía agradecimientos, sumisiones, promesas y una inviolable fe, trocando en alivios sus penas, sus tormentos en gloria y sus tinieblas en sereno día, quedó, de muerto resucitado y con tan evidente mejoría que el consuelo del alma, desde aquel punto, informó nueva vida, nuevas fuerzas y alientos a su cuerpo.

Despidiéronse por entonces las damas; mas con iguales vistas, creciendo los favores, creció la voluntad y, aumentándose el trato, poco a poco el niño y ciego amor llegó a verse gigante en sus dos pechos. Y ¿qué mucho, si habiéndose plantado sus raíces en la humedad inmensa del Océano, crecido en medio de sus ondas y casi enderezándose en sus islas, se lograra de esta suerte, pues aun para su aumento y correspondencia no sólo

sirvieron de terceras y arrimo dos damas tan hermosas, mas aun, aquellos escollos, aquellas islas o pezones del mar le ayudaron y favorecieron con la semejanza de su nombre?

Había todo este tiempo andado alborotado el mar, levantadas sus ondas y el viento desatado y deshecho, porque aún en este rigor quiso con don Enrique mostrarse favorable, y tanto que parece esperaba sólo la mejoría y buen suceso de su amor y salud para dejar trillarse de las naves, y así abonanzando, despedidos de las hermosas primas con abrazos y aun lágrimas, se embarcaron y, en ocho días, con general alegría, dieron vista a Lisboa y, finalmente, límites a los trabajos de su navegación, con lo cual (advertidos en la prosecución de sus amores) don Enrique y su padre pisaron los umbrales deseados de su casa, y don Luis Antonio, a quien ya esperaba un hijo suyo, con mejores despachos de la corte, guió a la suya acompañado de algunos guardas y de muchos amigos.

Teníasela el Supremo Consejo, informado mejor, señalada por cárcel; y así, juzgándolo por diferente suceso que el que prometía el recato del capitán mayor, creciendo su indignación y odio esperó los fines, que no se dilataron pocos días; aunque moderándose en ellos su prisión, tuvo después de algunos meses licencia para ir a la corte.

## CAPÍTULO VI

Procuran los parientes de don Enrique el efecto de su casamiento aplazado; y él, regido de su nuevo desvelo, lo dilata cautelosamente En este ínterin y aun luego, como don Enrique, convaleciente de su mal, llegó a su casa, así de la parte de sus mismos padres, como de los parientes y deudos de la que había de ser su esposa, como en cosa tan hecha comenzaron a tratar del efecto y a disponer las dispensaciones; porque, como tengo dicho, doña Clara (llamábase así la dama) era su prima y, juntamente, doncella riquísima, única heredera de su casa, y, sobre todo, mujer a quien, por su hermosura y bizarro parecer, había el olvidado amante servido largos tiempos y aun querido con extremos locos; y bien acerté en darles semejante atributo, pues ninguno pudo mejor cuadrar con su variedad y mudanza.

Habíasele, al principio de este empleo, mostrado desdeñosa, condición ordinaria de una mujer rogada; y este fácil castigo, sintiéndole don Enrique por disfavor mortal, tuvo por buen remedio el ausentarse; y, poniéndolo por obra, a pesar de sus padres, de quien era su mayor consuelo, se traspuso a la India, de donde, entendida la causa y arrepentido el sujeto de ella, concertadas sus bodas, yendo por capitán mayor su padre, lo traía ahora para su cumplimiento, mas tan diferente y trocado como habéis oído; pues no sólo no volvió los ojos al pasado empleo, sino que, resuelto a proseguir su nuevo amor, pidió se suspendiese el trato, como, en efecto, lo hicieron sus padres, porque sólo su voluntad los gobernaba.

Cesaron con aquesto las pláticas; y aunque de parte de la dama se guardó el mismo orden, no así, en lo interior, se estimó el sentimiento. Amaba doña Clara tiernamente a su primo, y el juzgarse tan cierto por su esposa, no sólo había hecho lícito este amor, mas,

juntamente, abierto franca puerta a sus ciegos deseos, a sus ardientes llamas y a una voluntad tan arraigada y envejecida, que fuera hoy por demás querer ceñirla o mitigar su fuego. Y esta verdad, no obstante que el ingrato deudo la advirtió y conoció, aunque siempre resuelto a proseguir su gusto, nunca se persuadió a desengañarla, ni tampoco quiso que sus padres lo hiciesen; antes, jugando con dos manos, procuró entretenerla; y fingiendo deseos, iba por otra parte excusando y dilatando su ejecución.

No puedo yo, a lo menos, presumir con qué fines; pero, a lo más, bien veo que en este trato doble degeneró grandemente de sus obligaciones don Enrique, y que muy justamente se le podrán a él atribuir los daños graves que de sus remisiones y fingimientos resultaron; porque es cosa infalible, y que no admite duda, que si luego como llegó desengañara a su pobre prima, ni su voluntad tomara tan grandes fuerzas, ni su amor hubiera crecido de tal suerte que, cuando quiso atajarlo, pareció irremediable; mas no se quedaron sin castigo el uno y otro, porque si doña Clara lloró inmortalmente su libre y desenfrenado arrojamiento, no se dilató a don Enrique, ni a sus disimulaciones y dobleces, la satisfacción y paga merecida.

Pero dejado aquesto hasta su tiempo, no andaba, en el presente, la hermosa doña Leonor poco afligida, porque la nueva asistencia de su casa dificultaba, hasta tomarla el tiento, la comunicación de su amante, a quien aunque los más días veía desde sus rejas, semejante a otro Tántalo, aquel breve consuelo la causaba más abrasada sed, mayor deseo y, por el consiguiente, igual pena y desesperación. Mas como la necesidad y trabajo es prudente maestro de la industria, no sin atropellar inconvenientes, hizo que la forjasen una llave, con la cual, saliendo de su cuadra, podía llegar a unas ventanas y por ellas hablar con su galán seguramente. No era menos el cuidado y vigilancia de sus padres, pues aun en tan corta diligencia, tenía su hija tantas dificultades; mas ¿qué importan éstas ni otras mayores cuando una voluntad vive dispuesta? En fin, previniendo un papel con avisos y señas suficientes, el mismo día que se acabó la llave, arrojándosele al pasar a don Enrique, y tomándole él con igual cuidado, entendido su gusto, salió de confusiones, además que fue mucho no perder el juicio.

## CAPÍTULO VII

*Crecen los favores de doña Leonor hasta verse con don Enrique en más estrechos lazos*

Esta tranquilidad que he referido, este gozo y contento, les duró a los amantes largos días, comunicándose las más noches ternísimos y confirmando nuevamente su amor y perseverancia, sin atreverse, en tanto tiempo, a tomar resolución segura, pidiéndola don Enrique a sus padres o dando ella lugar a otro concierto. Duraban en don Luis los reñidos pleitos que de la India le habían traído; y el rencor granjeado por su guarda y recato, estaba con su padre de don Enrique en el mismo paraje; y como estas cosas no ignorase la dama, cierta de su contradicción, procuraba, hasta mejor sazón, divertir y entretener a su amante; pero, en efecto, el temor receloso de que con semejantes dilaciones no se volviese a su primero empleo, y, sobre todo, su insufrible deseo, la obligaron, o por hablar más lícito, la hicieron fuerza a que tomase otra resolución; que si bien no fue la

más honesta y acertada, por lo menos, para su cumplimiento y para la mejor seguridad de sus cosas, ella la juzgó por esencial y breve.

Quien trujere leyendo estos renglones a la memoria los primeros de esta historia, y en ellos la crueldad, el desdén, el severo rostro, la continencia y recato con que esta dama trató el origen de su amor, y ahora viere tan notable mudanza, fuerza será, o que se me conceda en su disculpa ser grave, ser vehemente su pasión o que en su pecho halló menos prudencia y mayor confianza; blasón que locamente se atribuye más presto quien más presto se precipita y cae de ojos. No niego yo que el frágil natural de las mujeres es en cuanto a deseos más disculpable; pero también no ignoro que para recatarlos y encubrirlos es, sin comparación, más fuerte y poderoso que en los hombres; y así, censurando modesto, creo y tengo por cierto que primero la rendiría la celosa pena del verse por sus dilaciones olvidada, y mayormente estando de por medio doña Clara, o congruencias diferentes, enderezadas a su honrado propósito, que no incendios de amor, llamas de sus desordenados deseos.

En conclusión, doña Leonor, dispuesta a divertir su amante con más nuevos y crecidos favores, movida por las causas ya dichas, y apresurada de sus continuos ruegos e importunaciones, le dio orden para que entrase en su casa, y no obstante que ésta era llena de inconvenientes temerosos, y no el menor el allanar las puertas, loco de gusto, sin reparar en ellos, atropelló sus dificultades, inclinando y disponiendo cavilosamente la voluntad de un esclavo portero, piedra fundamental y llave de su entrada, y con tanta destreza y disimulación que, a pocos lances, le tuvo de su parte. Porque valiéndose para con semejante persona de otro igual sujeto, digo de otro esclavo suyo, y bien ladino, mediante éste, con facilidad le granjeó, persuadido a que según la verdad del intento, casándose los dos amantes, o sería con razón dueño de sus voluntades, o que por lo menos le ahorrarían de su esclavitud, y añadiendo a este punto dádivas y regalos, que es el más fuerte medio, sin más dificultarlo, don Enrique escaló la fortaleza, y doña Leonor, aunque no arrepentida, se halló en diferente estado. Había llegado su amor al último remate y, recíprocamente, más que nunca a su gusto sujeto, mostraba don Enrique el agradecimiento, tanto en el mortal peligro a que se ponía, cuanto a ella en los muchos a que para salir a verle se aventuraba, pues siéndole preciso llegar hasta una sala de estrado que era adonde el negro y falso alcaide podía meter a su galán, el menos importante en su modo era atravesar por delante de sus mismos padres y hermanos, que unos y otros, consecutivamente al suyo, dormían en diferentes aposentos, de quien a ser sentida, indubitablemente y sin mayor examen fuera muerta, porque en casos tan de honra no es más bien reportada la gente noble de esta belicosa nación.

## CAPÍTULO VIII

*Dánse palabra y fe de esposos los amantes, y en el ínterin, doña Clara, impaciente por la dilación de su primo, cae en una grave enfermedad*

En la noche primera de sus vistas, no olvidando del todo la hermosa dama lo que debía a su sangre, antes de verla puesta en contingencia, recibió de don Enrique con igual alegría la mano y fe de esposo, llamando por testigos las negras sombras de la oscura noche y al

bárbaro tercero de sus bodas, las cuales, con tales requisitos, no dejaré yo de llamar muy negras y aun tristes desde este punto, y a lo menos en señales y agüeros nos fuera lícito creer no sé que más contrarios, no sé cuáles más infelices.

Ya yo estoy esperando en don Enrique si el verse con tan nuevo estado y sin remedio las cosas de su prima le obligan a desengañarla, le fuerzan a declararse con ella. Pues no fue así, porque ni con todo le pasó por el pensamiento; antes con el mismo desvelo la traía suspendida, adorando en sus acciones, creyendo en sus palabras, y como inocente corderilla, dejándose por ellas llevar al matadero.

Vivía la cuitada doncella en un continuo llanto, efectos que a los ojos respiraba su alma, abrasada y encendida en ardientes celos, siendo lastimosa y cruelmente apresurados y prevenidos con la yesca de tantas tibiezas y desdenes, con el incendio de fingidos requiebros y, finalmente, con el incentivo de sus dilaciones y pausas, porque no hay accidente tan furioso ni locura tan desatada que así rompa, atropelle, desbarate la más honesta y casta resolución, como la desestimación y desprecio de la cosa amada y, sobre todo, la privación o suspensión de sus mismos objetos. Así, regida de aqueste ciego e implacable amor, abandonando su natural vergüenza, perdía, en viéndose con él a solas, los estribos del recato y, lo que más se puede ponderar, hacía tiernamente oprimida con su olvidado primo el mismo oficio que, en ley de buen galán, debiera él representar en aquesta tragedia, pues trasformándole en sí misma, ella le requebraba, ella le hacía caricias y, con dulcísimos afectuosos gemidos, solícita fomentaba su gusto, su perdición y ruina. ¡Oh lastimoso y miserable estado de mujer! ¡Cuán imperiosamente está apoderada de tu triste alma esta pasión tirana, y cuán ciega y arrebatadamente eres llevada al abismo de tu final desdicha!

Ciertamente que, llegando a este punto, casi me falta aliento para proseguir esta historia, y que si el haberme empeñado en su promesa no me obligara que de mi acuerdo quedara a otro menos piadoso su progreso. En fin, digo que ya abriendo los ojos don Enrique cuando el remedio de estas cosas consistía en no dársele, entonces, para que el daño y fin de todas creciese con más prisa, trató de declararse y desengañarla; si bien aun este propósito tardío no llegó a ejecutarse por entonces; porque la afligida señora, cansada de sufrir tan largos males, le atajó, y acosada de tan amarga resistencia, desmayando en ella, entregó sus espíritus a un piélago profundo de tristeza y el cuerpo hermoso a una fuerte y poderosa calentura, que en breve término rindió su mayor fuerza; corriendo en aquestos extremos unas mismas pisadas y parejas los dos primos; pues si él se vio, cual ya visteis, al desdén de doña Leonor hecho esqueleto, así ahora doña Clara por su ocasión, aunque con otros fines, llegó a semejante estado. De esta suerte caminan los accidentes de esta vida; y en tal disformidad, suelen a veces discurrir sus mudanzas incesables.

Lloraba sin consuelo su triste madre; porque estando ya en esta sazón viuda, como a única prenda quería y estimaba a doña Clara; y así, librando en su salud su esperanza y contento, no dejó medicina ni remedio que no le aplicase, ni médico famoso que no se desvelase en su cura; pero, sirviendo poco y obrando menos tan buenas experiencias, la enfermedad creció y el sujeto paciente vino a tanta flaqueza, porque sólo sus lágrimas eran su mayor sustento, que, faltando remedios que hacerle, desahucieron su vida. Por otra parte, como su madre, cuidadosa y solícita, mirase en sus acciones, en sus ansias y continuo llanto, el afecto entrañable adivinó el origen; y no cesando de importunarla con

ruegos y amorosos conjuros, al fin, sin más duros tormentos, consiguió la absolución de sus dudas y, no sin lágrimas, la confesión entera de su afición terrible, de la vil correspondencia y olvido que a tales términos la había reducido; guardando en esto casi conforme estilo al que tuvo su primo, refiriendo su pena, cuando, contándola a su deudos, mejoró su salud, que hasta en tan ignoradas apariencias quiso imitar su amor, si bien no su remedio, aunque asegurándosele su madre, apenas entendió de su boca tan cierta presunción, cuando teniéndolo por fácil y hacedero, dispuso al punto los caminos más fuertes para su ejecución.

## CAPÍTULO IX

*Prosigue cauteloso en su dilación don Enrique; apriétale su prima, y finalmente, aunque tarde, se declara*

Con el intento dicho, mandando llamar al padre del ingrato mancebo, sin reparar en diferencias, dote ni hacienda, toda cuanta tenía, que era sin número, le ofreció con su hija liberalmente; y no contenta con aquesto, como el atajar la muerte de su hija la apresurase, juzgando que su severidad había causado la tibieza y desconcierto de sus bodas, atropellando respetos y pundonores, el propio día (porque los más visitaba a la enferma don Enrique), ella misma, tomándole a una parte, le propuso su intento y el ofrecimiento hecho a su padre; y no celando la ocasión que a su hija tenía en tan míseros términos, tan bien supo pintársela, tales fueron sus ruegos, tan grandes sus afectos y su empeño, que no dejó camino al apretado mozo, salida ni respuesta que dar o que fingir menos que declarándose; y ésta fuera un cuchillo, un golpe penetrante que diera al traste con la pobre dama y aun con su triste madre; y juzgándolo así, dilatando su desengaño por entonces, con nuevos fingimientos y promesas se dispuso a aplacarla, dando, aunque con ambiguas y dudosas razones, esperanzas de obedecerla.

Estas supo al momento doña Clara, con lo cual y la presencia de su amante, que más tierno y alegre la sirvió de trinchante pudo aquel día comer; y los demás por el mismo consiguiente. Porque, reconociendo el primo que en tan breve consuelo consistía su vida, no quiso suspenderle, si bien faltó por ello no pocos ratos a la graciosa vista de doña Leonor y a las delicias y regalos de sus tiernos abrazos.

Estaba, en aquesta sazón, tan adelante su amoroso trato que la hermosa dama sentía y aun lloraba achaques tan sospechosos y apretados, que pudieran, a no prevenirse con tiempo, ocasionarla un afrentoso fin; y esta nueva tan triste, aunque en otra coyuntura les fuera a entrambos la más feliz y alegre, ahora les hacía que, discurriendo en mil varios consejos y salidas, se les pasasen, juntos, las noches cortas y, divididos, los prolijos días.

No excusara, en tan cierto peligro, don Enrique de pedirla a su padre y valerle, si se la negara (como fuera lo cierto) de otros más fuertes medios, con que quedara soldado semejante yerro, sino que el estar don Luis Antonio en términos de partirse a la corte, le detenía; pareciéndole que mejor en su ausencia se dispondrían sus intentos. Esta consideración que, al salirles cierta, fuera sin duda el total remedio, suspendía a doña Leonor, divirtiéndola y asegurándola en los muchos temores que la causaba la dilatada

partida de su padre. Y en este mismo tiempo, mejorando grandemente doña Clara con sus nuevas y fingidas esperanzas, aliviándose a veces, solicitaba alegre su convalecencia; y juntamente, para el efecto de sus bodas, la intercesión y ruegos de sus padres de don Enrique, de los cuales, tanto por esta causa cuanto por las notables conveniencias que en casamiento tal se les hacían, era no poco importunado y oprimido don Enrique; y de tal manera se hallaba acosado, que solamente esperaba a que cobrase algunas fuerzas su prima para poder por ellas resistir el golpe duro de su desengaño, saliendo así, aunque con tan cruel remedio, de confusiones y disgustos.

Había sido el último y final con que los médicos rigieron a la enferma señora ciertos ejercicios y salidas, que tomando jarabes del acero era preciso el disponerse a ellas; y, casi comenzando la cura, todas las mañanas paseaba los campos, acompañada de una tía suya y otras criadas.

A esta agradable romería convidó alegre doña Clara a su primo que, sin poder (aunque lo deseó) excusarse, hubo de obedecerla, siendo algunas, aunque no todas veces, el alba de aquel sol, digo su escudero y galán. Con lo cual, una de estas mañanas, en quien, o sus acostumbrados fingimientos o el incendio que siempre la rodeaba, fulminó en doña Clara nuevos rayos o más ardientes flechas, hallándose con su querido dueño a solas, porque la demás gente, quizá de industria, se había adelantado, haciéndole sentar entre unos altos y espesos árboles, con más terribles ansias y aun deseos comenzó dulcemente a persuadirle, ya con requiebros tiernos, ya con acciones amorosas; y esto con tan fuertes afectos y resoluciones que, finalmente, se temió don Enrique, y más en la oportunidad, sitio y arrojamiento de ocasión semejante: y cierto que ella era temerosa y tan digna de excusarse como de huirle el rostro. Y así, considerándolo atentamente y viendo que aquellos negocios pasaban de su límite, haciendo reportar a la prima y no queriendo tenerla más suspensa y engañada, discurrió cuerdamente, sin reservar un pensamiento solo de cuanto habéis oído, declarando la enigma de su olvido y la verdad de su nueva afición; y concluyendo su dolorosa y triste plática con advertirla el estado en que se hallaba preñada doña Leonor, y el mal remedio que, según tal empeño, podía tener su malogrado amor, esperó bien confuso la respuesta que le daba su prima. La cual, desde el instante mismo que comenzó a entender su cruel desengaño, se le había, poco a poco, trocado la color del rostro; y, por el propio término, suspendido el vigor, amontonándose en su pecho gemidos y suspiros de tal suerte, que, cuando quiso responderle, no pudo, ni menos hacer más que, bajando los ojos, mirar con ellos fijos las hierbas del florido campo; hasta que habiendo estado así trasportada un largo espacio, recobrando el aliento, sin replicar palabra, se levantó del suelo; y en la misma manera y aun con mejor semblante, callando unos y prosiguiendo todos el fin de su ejercicio, dio la vuelta a su casa, adonde, despidiéndose de don Enrique, que de tal suspensión venía turbado, se entró con igual severidad y disimulación.

## CAPÍTULO X

*Fin lamentable y trágico en el amor de doña Clara*

Cuando los casos de tanta gravedad llegan a destroncarse sin remedio, de ánimos y pechos generosos es oponerse a ellos, abriendo el corazón y desahogando el espíritu, antes que envilecerse con mujeriles quejas, con gritos y desordenadas acciones. Tal juzgó don Enrique en el presente suceso del silencio y despejo de su prima; y pluguiera a los cielos que así la pobre dama se hubiera aconsejado.

En fin, ella pasó el día, la mayor parte de él, con su madre y criadas, con el semblante y alegría que otros; si bien sólo fue diferente en que, risueña y aun con chistes y donaires graciosos, hizo de sus joyuelas y donceles galas un alarde vistoso; y tras de él (como si otorgara testamento o como si, con su esperada boda, se hubieran de mejorar) un general repartimiento entre todas sus criadas. Con que, llegándose la noche y recogándose en su lecho, durmió o veló lo restante de ella, hasta que, siendo la acostumbrada hora, vistiéndose para su ordinario paseo, salió de su cuadra, y antes de comenzarle, entró adonde su madre reposaba y, despertándola con afectos ternísimos, la dio dulces y apretados abrazos, duplicándolos y repitiéndolos, no sin espesas lágrimas, muchas veces; y todo aquesto sin hablarla palabra, porque aún pienso que no pudiera pronunciarla; y guardando su madre el mismo silencio, porque también semejante novedad la tenía suspenso, se despidió de sus ojos, volviendo una vez y otra, hasta perderla de vista los lagrimosos suyos; de tal suerte que, como si jamás la hubieran de tornar a ver, así formaban su acción y sentimiento. Diferente juzgó la amorosa madre; porque cuidando fuesen desdenes de su primo tales extremos, segura de que presto se habrían de trocar en contentos y gustos, disimuló su pena, sin preguntársela; mas bien en breve se halló desengañada.

Salió, pues, doña Clara adonde sus criadas esperaban; y, entendiendo ser hora de tomar el jarabe, para haberlo de hacer, se volvió a su aposento; en quien tanto espacio se estuvo y tanto dilató su salida, que hubo su tía de entrar por ella; mas viéndola que (aun sentada en una silla) todavía se estaba con el vaso en la mano, como temiendo o dilatando el beberlo, presumiendo melindre, alegremente la comenzó a animar; y con tal priesa y aceleración que, aunque no quiso, hubo de despertar doña Clara de aquel letargo y, volviéndose a ella, decirla no sin abundancia de lágrimas:

-¿Cómo, querida tía, y vos también apresuráis mi muerte; vos y todo solicitáis mis últimos gemidos? Alto, pues: ejecútese el fallo y pague su imprudencia mi miserable vida.

Y diciendo y haciendo, con ímpetu furioso, bebiendo todo el vaso, se levantó de la silla y, juntamente, tomándola por la mano, se salieron a la calle, adonde apenas hubo andado seis pasos cuando arrancándosele el alma, con un fiero gemido, cayó muerta.

No así pensaron luego las criadas que la acompañaban que su desdicha fuese más que un breve desmayo, y consiguientemente, tomándola en sus brazos, como estaban tan cerca, se volvieron a casa, en quien ya, a sus grandes voces, a su alboroto y ruido, levantándose de la cama su madre, viendo tan amargo espectáculo, arrojándose al pecho de su hija, sin cordura y recato, perdió el decoro a su autoridad, y con gritos espantosos y alaridos sin término solicitó un lamentable llanto en los presentes. El cual creció sin límite luego que, llamándose los médicos, declararon la mortal sentencia. Halláronla éstos, aunque en tan corto espacio, el rostro denegrido, morado el cuerpo y, finalmente, con señales certísima

de algún penetrante veneno. Y no obstante que tal declaración corrió en secreto, limitándola en público, a pocas horas sonó por aquella gran ciudad la repentina muerte.

No son menos sangrientos los miserables fines que siempre se promete una pasión tan desordenada y terrible, y así tales podrá esperarlos quien no atajare en los principios el cáncer ponzoñoso de sus deseos y apetitos. No quiero yo decir, ni pretendo afirmar, que fuese indubitable la presunción de los doctores, pues antes creeré que fue veneno de amor irremediable juzgar tan temerariamente de una mujer cristiana y noble; sólo es mi pretensión, mi asunto principal, dar a entender, en sucesos tan atroces y miserables, cuánto deben las tiernas doncellas poner freno a los ojos, reprimir sus afectos, huir las ocasiones y no empeñar la voluntad y el alma para no hallarla, sin pensar, sumergida en semejantes desventuras.

No fue mucho menor la que en este tiempo se apoderó de su fiero homicida, de su ingrato primo, a quien habiendo ya llegado nueva tan lastimosa, le tenía convertido en un retrato de lágrimas y duelos, y tan rodeado de temores, cercado de cuidados y penas, que casi vino a estar juntamente imposibilitado de consuelo. Porque como ninguno sabía mejor la causa de aquel daño, así también ninguno podía cuidar ni aun temer con más razón su mayor castigo; y, en fin, su sentimiento fue tan grande que en muchos días no le vieron alegre, además que, según él contó muchas veces, nunca en lo restante de la vida se le quitó de su presencia la imagen denegrada y mortal de aquella miserable mujer.

## CAPÍTULO XI

*Sentimientos de don Enrique; recelos de su dama, y el suceso notable que uno y otro tuvieron*

No se atrevió, por el presente, don Enrique, ver a su afligida madre, ni aunque lo hiciera fuera bien recibido ni mirado, y por esta razón, fingiéndose achacoso, no se halló en el entierro, si bien su retiramiento y mayores lutos dieron bien a entender tan justo sentimiento, cosa que, a no tener de su esposa y dama tan seguras prendas, hubiera descompuéstole; porque enfadada de extremos semejantes, no sólo los lamentó celosa, mas estuvo en términos de juzgarse engañada, que no es menos desatada y cruel una mujer amante, y más con celos; y así no alcanzó poco don Enrique cuando, pasados algunos días, la volvió a ver desenojada y satisfecha, y mayormente estando tan necesitada de consuelo con el ir dilatándose la partida de su padre y creciendo su peligro; pues, por más encubrirle, lo más del tiempo lo pasaba en la cama, no faltándole, para poderlo hacer, fingidos dolores y aun verdaderos males.

Todas aquestas cosas, pendiendo solamente del afligido amante, le traían tan mortal y desalentado, que casi de sus muchas tristezas y melancolías profundísimas pudiera recelarse y temerse un desastre, como, en efecto, se le iban acarreado sus peligrosos pasos o, por hablar más moralmente, el temeroso fin y acabamiento de su prima, pues siendo, como fue ocasionado indubitablemente de sus fingimientos y engaños, cierto es que el justo cielo no le había de dejar sin castigo, si bien dando su gran piedad lugar y

tiempo al arrepentimiento, con azotes de padre y particulares recuerdos dilató muchos días el último rigor.

Cuarenta y más se habrían ya pasado después de la muerte infeliz de doña Clara, cuando menos sentido y lastimado (que el tiempo es fuerte antídoto para semejantes pasiones) acudía don Enrique continuamente a los regalados abrazos de su dama, en cuyo mayor gusto, como quiera que los más de esta vida tienen la misma estabilidad, bien sin pensar en ello, fueron salteados en la última de estas vistas; porque sin duda alguna causó su desgracia el rumor que doña Leonor hizo pasando por tantos aposentos y peligros; que no siempre es la fortuna favorable, ni los sentidos de los hombres obedecen al sueño. En conclusión, su padre y aun su hermano no dormían, y como tal suceso los cogió inadvertidos, en tanto que uno y otro tomaron armas, advirtiéndole su daño don Enrique, con despejo valiente, cogiendo en brazos a su querida esposa, se arrojó en el zaguán, cerrando en un momento por de fuera aquel cuarto; con lo cual, juzgándose por libre, abriéndole el esclavo la puerta principal, salió a la calle al mismo tiempo que a fieros puntillazos y grandes golpes se oía romper la que él había cerrado. Y no teniéndose tan cerca por seguros, aunque doña Leonor estaba muerta, todavía, animándola el riesgo, acompañó como mejor pudo a su amante; que atravesando algunas calles procuraba asegurarla desmintiendo los pasos de quien fuese en su alcance, y hubiera conseguido su intento y puéstose en salvo, si a esta hora no diera de repente con ellos una gran tropa de hombres, luces y armas que los detuvo. Bien conoció don Enrique aun antes de acercarse que era ronda, y así, porque otro día no atestiguasen en el caso, hizo que doña Leonor, para su vista, se ocultase primero entre unos cobertizos; y saliéndoles después al encuentro, en siendo conocido, menos tardaron en pasar adelante que en sus ofrecimientos y cortesías; que para quien iba huyendo, serían harto pesadas y prolijas. Todo hasta aquí, por ser del mal lo menos, había sucedídoles favorablemente, si al propio instante que la justicia se apartó de con él (previniendo su alcance aquel espacio breve) no dieran con su cuerpo por otra calle el padre y hermano de su dama.

## CAPÍTULO XII

*Vénse los dos amantes en evidente riesgo, y prosíguese el caso con varios accidentes*

Ya habían echado los dos caballeros menos su amada prenda, y el esclavo infiel, también sin dilación, declarado el ladrón que la llevaba; y así, medio desnudos, aunque con rodela y espadas, queriendo don Enrique encubrirse, su resolución excusó tal designio; porque apenas le vieron, cuando le llegaron a reconocer, y tras de aquesto a embestirle furiosos; y por el consiguiente, a volver la justicia; pero estaban los dos tan encarnizados, y don Enrique tan cuidadoso de su defensa, que primero se alborotó la calle, y hubo en aquellos belleguines muchas heridas que pudiesen ponérseles en medio, basta que viendo de unas partes y de otras acudir gentes, abrir las puertas y sacar luces y hachas, rabiando padre e hijo se fueron retirando, haciendo su contrario lo mismo, siguiéndolos a todos divididas las guardas, si bien éstas, conocidos los tres, curaron más de curar sus golpes que de otra diligencia; con lo cual, separándose un tanto don Enrique, hurtando el cuerpo al puesto y a la calle, con el ansia del bien que había dejado, volvió por otra parte en su busca; y aunque no fue la menor de sus temeridades esta vuelta, pues ya pudieran

esperarle más prevenidos sus contrarios, todavía lo tuvo en poco, y aun diera cualquier daño por bien empleado en recambio de hallar su dulce esposa.

Mas saliendo al revés su pensamiento, entonces comenzó su mayor locura, entonces su furor, pues ciego de cólera y enojo, desatinando con su grave pasión, no dejó sombra, rincón, portal ni piedra que no viese y volcase y, rodeando mil veces aquel sitio entre unos y otros lances, llamaba tiernamente a su dama; y antojándosele cualquier rumor su voz, cualquier sombra su cuerpo, volvía de nuevo a trabajar sin fruto. Y, en fin, llegando a términos de perder el sentido, pues dio como frenético espantosos gritos, y sin consideración de honra o respeto hizo público alarde de su secreto amor; en tales desatinos le cogió el día, con el cual, no pudiendo hacer menos, hubo de retirarse a un convento, desde adonde, avisando del suceso a su padre, quedó atendiéndole rodeado de las mayores penas y de los más amargos desvelos que nunca tuvo; porque lo menos era juzgar su ausente dama en poder de sus padres y, por consiguiente, hecha pedazos de sus manos y enojos. Y así llorando sin cesar el mal cobro de sus cosas y la venganza y muerte presumida, su mayor alivio (si es que en caso tan triste le podía haber) era prevenir y jurar el más sangriento estrago que hubiese llegado a noticia de los hombres.

Ya en este ínterin corría el suceso con valiente estampido; porque, en los primeros movimientos, el rumor y alboroto que inexcusablemente hicieron padre e hijo al salir tras don Enrique y el escudriño y examen del esclavo fue patente a los demás criados; y así de las bocas y lenguas de aquellos enemigos forzosos salió a luz, no sin admiración y escándalo de toda la ciudad, en quien, hablándose indiferente, cada cual echaba por enmedio y su juicio en el corro, trayendo la opinión de tales caballeros de plaza en plaza y entre tabernas y mesones, que es la suma infelicidad y mayor ruina a que pueden llegar las cosas de esta vida.

También a su llamado de don Enrique había venido su padre; con que bien advertido en negocio tan arduo, sin curar por entonces de otras reprensiones y sentimientos que acudir al remedio, visto el peligro que en poder de sus padres doña Leonor corría, porque siempre creyó su amante que había dado en sus manos, el prudente viejo se resolvió a poner de veras los hombros en el caso. Y así, acompañado de algunos deudos y teniendo por más breve y seguro aquel camino, dio de todo él, y aun de sus últimos temores y sospechas, cuenta al virrey que, entendido el suceso, juzgó de él y de la condición de don Luis Antonio una salida muy sangrienta, si antes no se la remediaba y prevenía, y deseando, en parte, apaciguar por bien su justo enojo y, en parte, atajar el riesgo de su hija, acordó de pedirle se la diese buenamente a su esposo, o sacársela con su autoridad; para lo cual, rodeado de algunos caballeros y la guarda ordinaria, se fue al punto a la posada de don Luis; y llegando a sus puertas, por hallarlas, bien fuera de lo acostumbrado, cerradas y en profundo silencio, fue preciso el hacer que a puros golpes las abriese una esclava, que sólo estaba en su guarda y custodia.

### CAPÍTULO XIII

*Presúmese que don Luis ofendido, haya muerto a su hija, y con tales indicios don Enrique, frenético de amor, procura su mayor venganza*

Mucho quedó admirado el virrey de tan breve ausencia; pero muy mucho más cuando uno de sus alabarderos le enseñó con la mano un buen golpe de sangre en medio del zaguán: con que apeándose, grandemente turbado, teniendo por segura su sospecha, mandó seguir el rastro; el cual atravesaba lo ancho del portal, hasta que, llegando a la puerta de un hermoso cuarto, viéndola desquiciada en el suelo y que todavía pasaban adelante las sangrientas señales, discurrieron siguiéndolas hasta llegar adonde con mayor abundancia se mostraba su fin, que era en las alfombras de un estrado, cuyos varios matices, salpicados por diferentes partes, publicaban la tragedia cruel que allí se había representado. Y con tanto, teniendo por emprendido el hecho que venía a remediar, mandó el virrey que cincuenta hombres siguiesen a don Luis, a su hijo y a la demás familia. Sabíase ya, que iba a una pequeña aldea, y haciéndole secretear sus bienes y que quedasen en su custodia guardas, dio la vuelta a Palacio, y con sentimiento y ánimo tan justamente indignado que estuvo muchas veces resuelto a cortarles, en llegando, las cabezas.

Esta nueva infeliz, esta sospechosa probanza de la muerte de doña Leonor, llenó de lástima y compasión la ciudad; y, volando ligera, cubrió de luto y lágrimas los ojos y el espíritu de su afligido esposo; que ya a esta hora, viendo que la justicia no intervenía en el caso, estaba más seguro en su casa; pero el efecto que en él hizo y aun en todos los suyos fue tan terrible, tan ciego y precipitado, que casi abandonando la vida, juzgando por infamia el sustentarla sin su dueño, se resolvió a la última y más desesperada y peor salida que pudiera maquinar su desdicha, digo mal, su imprudencia y desatino.

Mas porque se conozcan los innumerables trabajos y infortunios que acarrió tras sí este arrojado mozo, desde el instante y punto que mudando de amor, de fe y palabra, faltó a su obligación, faltó a su crédito, y con viles engaños desesperó a su prima, atiéndase y veráse, en lo que resta de estos discursos, cuáles y cuántos fueron y el fruto amargo que, por fin de todos, cogió para su muerte.

Había el furioso mancebo entendido la ausencia de don Luis, el camino que llevaba y la diligencia que para su prisión prevenía el virrey; y así, sin pedir ni tomar mejor consejo que el que dictaba su vengativo espíritu, mandó a un lacayo que encubiertamente sacase al campo para él y un primo suyo, mozo de igual edad y no menos arriscado, adargas y lanzas berberiscas; y ordenado esto, subiendo los dos en caballos bastantes para cualquiera afrenta, por excusadas calles y veredas, saliendo al mismo sitio y brevemente al camino que llevaban don Luis y su hijo, en menos de una hora, y antes que la gente del virrey llegase a ellos, se les pusieron delante. Venían, demás de un coche de mujeres, acompañando a los dos caballeros diez o doce criados, que si bien no todos eran para ocasión, todavía era muy conocida tal ventaja; pero no obstante ésta, se atravesaron en el camino los dos valientes primos, cuya enojosa vista dejó perplejos y no poco irritados a cuantos la miraron; y, sin más suspender el intento de su venida, alargando el caballo don Enrique, con tremendo semblante y voz furiosa, comenzó a decirles las siguientes razones:

-Ya, viles y alevosos caballeros, llegó el día en que pagareis vuestra maldad y traición, quedando en este campo diferidas las causas que os movieron a tan cobarde venganza y las que os excusaron de honrar con mi nobleza vuestra sangre; clamando está a los cielos la que, como flacas mujeres, sacasteis del pecho de mi esposa, de vuestra hija y hermana;

y así, curad de defenderos, que si a mis brazos no les sobraren fuerzas para dejaros sin vida, llamas y rayos duros fulminarán los cielos en castigo y venganza del ángel bello, de quien fuisteis infames homicidas.

Y con esto, dando un grito al caballo, arremetió a los que, viendo sobre tan grande afrenta su atrevimiento, como acosados toros, hicieron contra él lo mismo. Mas cuando la fortuna es adversa, ni aprovecha el valor, conocida ventaja, ni aun la razón y justicia, porque todo se avasalla y se rinde a su voluntad y tiranía.

Así le sucedió a don Luis Antonio, pues no bastando su razón, su mucha valentía y tantos criados, vio en un instante atravesado y muerto por la sangrienta lanza de su mortal enemigo al hijo desdichado, y aun su misma persona mal herida en el suelo; porque como los dos parientes venían armados con lanzas y defensa suficiente, así se metieron entre ellos que ni su experiencia y esfuerzo, ni el número de los que le acompañaban, pudo excusar la inocente y temprana muerte de su querido hijo; y antes corriera él semejante peligro, si a las crecidas voces de las damas del coche y al rumor de las armas, y relinchos de los caballos, no acudiera infinita gente de las huertas y quintas que había alrededor, y aun bastara muy poco, si a esta hora, por el mismo camino de la ciudad, no asomara la escuadra que enviaba el virrey; con lo cual, dilatando los primos el fin de su venganza y protestando en su prosecución el último estrago de sus enemigos, campo travieso, picando los caballos, en un momento se desaparecieron a todos, corriendo sin parar algunas leguas, porque, según lo que dejaban hecho, pareció asegurarse y ponerse su cobro.

## CAPÍTULO XIV

### *Diversos cargos de la justicia a don Luis Antonio, su satisfacción y respuesta*

Serían al fin de esta refriega y llegada de la gente del virrey poco menos de las tres de la tarde; y así, siendo aquel consuelo y alivio que tuvo el pobre don Luis, en tan graves desdichas, no dejándole hacer otra cosa, entrándose en el coche, para que le apretasen las heridas, con ánimo verdaderamente constante, mandó dar la vuelta a Lisboa; y, haciendo con un tapete cubrir el cuerpo de su hijo encima de una acémila, siguió el mismo viaje, con tan grande silencio y compostura, así en él y su esposa como en la restante familia, que no juzgara nadie por piadoso el sentimiento oculto de su alma.

De esta suerte que digo entraron al anochecer en la ciudad, y no sé si me afirme que con general contento de sus males, porque la aprensión que se había hecho en la muerte cruel de su hermosa hija ocasionaba no sólo semejante indignación, mas, juntamente entendido el arriscado hecho de don Enrique, con ser tan injusto, los nobles y plebeyos le aprobaron por hazaña ilustre.

Pusieron a don Luis y a su familia en diferentes prisiones y, no obstante que él venía falto de sangre y fatigado de las heridas, con todo, en habiendo curádose, se le tomó su confesión, cargándole la muerte de su hija, casi ya averiguada con su fuga, con los vehementes indicios de la sangre y, finalmente, con el no saberse viva ni muerta de ella, y otras razones que intimaban el hecho y aun le hacían detestable y terrible.

A lo cual, habiendo estado atento el afligido caballero y hasta aquel punto con generoso y valiente espíritu, como ya habéis oído, en acabando de aprender el caso, rompió por su silencio, y sin poder ya más resistir su amargo sentimiento, cubrió de lágrimas el severo rostro, pobló la cuadra de gemidos roncós, de suspiros tristísimos; a cuyo nuevo extremo, suspendidos los que sabían su entereza y condición, cuando pensaron que eran arrepentimientos de su delito, dando principio a su respuesta y confesión, en el discurso de ella salieron de su engaño, y aun entraron en mayores dudas y confusiones.

Porque, no sólo el buen don Luis justificó bastantemente su inocencia, mas satisfizo, entre abundantes lágrimas, a los cargos hechos; y así, en cuanto a faltar y no saberse de su hija, respondió, repitiendo el suceso de la pasada noche, desde el punto que sintió su afrenta, hasta que él y el difunto mancebo rompieron la puerta que por de fuera les habían cerrado, siguieron por la advertencia del esclavo portero a don Enrique y lo que en su alcance les pasó, concluyendo este artículo advirtiendo a los jueces con cuánta más razón debieran admitirle a él la demanda de su hija, que no el pedírsela el mismo robador que se la sacó de su casa tan afrentosamente; y, en cuanto a los indicios de la sangre, confesó llanamente la muerte que, entre él y su hijo, habían dado al esclavo, como al principal instrumento de su injuria y traición; y que, habiendo huido de sus manos, desde el estrado adonde cayó muerto, fue llevado a enterrar por su mandado en unos trascorrales de su casa, adonde le hallarían; y, últimamente, al particular de su fuga y jornada satisfizo con decir que lo había hecho sólo porque los ruegos e intercesiones de sus deudos y amigos no le obligasen a prestar consentimiento en semejantes bodas; y también por juzgar que la afrenta recibida le dejaba incapaz de comercio humano, de alegría y correspondencia; pero que si el haber tomado resolución tan honrada se estimase a delito y culpa, él, por lo menos, habiendo tomado tan cruel enmienda don Enrique, no podía, ni aun debía ser castigado otra vez por una misma causa; y mayormente cuando la gravedad del castigo excedía tan evidentemente a la culpa, pues por la que emprendió ausentándose perdió su amado hijo; y antes, con el quebrantamiento de su casa, el honor y reputación.

## CAPÍTULO XV

*Sabe su padre de don Enrique este suceso, y con otros, en su tanto mayores, desconfía en el remedio de su hijo*

De la suerte que he dicho, dio fin a sus razones don Luis Antonio; y aunque con su entereza y justificación minoró grandemente el severo rigor de los jueces, todavía, como doña Leonor, principal personaje de esta tragedia, faltaba, no sirvió de otra cosa que de acumular delitos a delitos, verificar la muerte del esclavo y echar sobre sí aquel embargo más.

En semejante estado andaban estas cosas, cuando sabiendo sus padres de don Enrique su inadvertido atrevimiento, lloraban tiernamente con su ausencia, su perdición y ruina; considerando que según los delitos, aunque entonces el aplauso del pueblo los hacía disculpables, por lo menos no le verían más. Empero, si el común parecer les dejaba esperanza,, bien presto se les desvaneció; bien fácilmente juzgaron por irremediables sus

cuidados; y, a los que antes les fueron tan propicios, contrarios y enemigos; porque no es más estable y firme el vulgo, ni sus inclinaciones menos dispuestas.

En medio, pues, de tales aflicciones, ya con algún consuelo, ya con mayor cuidado, les cogió un notable accidente que en parte les sacó de confusión, aunque fue para meterles en otras. Serían entonces dos horas de la noche pasadas, que parece se esperaba semejante sazón para el recato y mayor secreto del caso, cuando, avisado su padre de don Enrique, supo que un hombre le buscaba a gran priesa, cosa que estando en semejantes pensamientos, le hizo presumir fuese algún aviso de su hijo; y así, haciendo que algunos criados le entrasen a su cuadra, queriendo que delante de todos le dijese a lo que venía, rehusando esto el hombre, dio a entender la importancia del secreto. Aseguróse en viéndole el capitán mayor, porque la presencia honrada y las canas que adornaban su rostro, no prometía otra alguna sospecha; con lo cual, quedando con él solo y creciendo en su pecho el primer indicio de que fuese recaudo del ausente don Enrique, con más vivos deseos escuchó del viejo anciano las siguientes razones:

-Estando (¡oh buen señor!) la pasada noche reposando en mi cama, me obligó a levantar de ella un gran tropel de golpes y armas que sonaba en la vecina calle, de adonde, oyendo que unos y otros vecinos, ya con luces y ya con diferentes armas, salían también a dar favor a la justicia, queriendo yo hacer lo mismo, apenas, para el caso, abrí mis puertas que caen debajo de unos soportales, cuando se arrojó dentro una mujer que, sin duda por lo que pareció, se había escondido en los mismos umbrales. Echóse, en viéndome, a los pies, pidiéndome que la amparase, y esto con tan espesas lágrimas y ruegos que, moviéndome el alma sin curar de otra cosa, volví a cerrar y a tomarla por la mano hasta dejarla con dos doncellas hijas mías, en cuya compañía, pasando la resta de la noche, se llegó el día, y con él el mayor deseo de saber quién era; y aunque de su aspecto hermosísimo, de su adorno y persona, se pudieran juzgar sus muchas partes, con todo lo que más he sabido es ser cosa que os toca, con que teniendo a buena suerte el haberos servido, vengo a decíroslo y a traer juntamente este papel, que declara mejor que yo el misterio que encierra este secreto.

Y con tanto, sacando del pecho un billete, cesó, dando lugar a la admiración y nuevo espanto del capitán y a que acabase de desengañarse, leyendo en él las razones siguientes:

Papel de doña Leonor «Bien satisfecha quedo de que, según la discreción y voluntad de don Enrique, llegando ya mis cosas a este estado, habrá de todas ellas dádoos cuenta, mayormente si el cielo le libró anoche de las crueles manos de los míos; con que sólo servirá este papel de suplicaros que, como padre, amparéis la causa de vuestro hijo, y como caballero, la de una mujer que, por obedecerle, ha llegado a semejantes términos.

DOÑA LEONOR.»

## CAPÍTULO XVI

*Salen de España don Enrique y su primo; su larga ausencia, y los acaecimientos de ella*

Aquí, con el discurso breve del pasado billete, acabó de salir de tantas dudas, y a representársele de nuevo el desbarate lastimoso de su hijo, la inocente muerte del que había de ser su cuñado, los irremediables agravios de don Luis, su razón, su justicia y, últimamente, la temerosa indignación del cielo y la severidad de su castigo.

Mas como raras veces, en el mayor trabajo y desventura, falta algún consuelo, todos aquestos males le tuvieron en parte con sólo parecerle que sabiendo su hijo el nuevo hallazgo, una vez que otra le verían sus ojos; y así, más alentado y resuelto a oponerse a su fortuna, mandó que a toda priesa previniesen un coche, y con la misma, no obstante la hora dicha, él en persona avisó en un convento de monjas y parientas suyas, adonde habiendo traído la hermosa dama, la dejó más segura, aunque menos contenta; pues es cosa evidente que, oyendo la ausencia de su amante, su locura, la muerte de su hermano y la prisión, heridas y afrenta de su padre y familia, aunque fuera su alma hecha de bronce, había de suspirar males tan grandes, mayormente interesando en todos tanto. En conclusión, agradecido el agasajo y guarda del honrado huésped, en amaneciendo al siguiente día supo el virrey, las justicias y ciudad su aparecimiento; y abriendo más los ojos, conocieron las sin razones de don Enrique y, por el consiguiente, los agravios y injurias del preso caballero, con que, sin esperar otro descargo a éste, con limitada pena por la muerte del esclavo, le mandaron soltar, y contra don Enrique se dispusieron diferentes diligencias.

Había, en el ínterin, tenido el capitán aviso de su hijo, el cual, con el valiente primo, estaba oculto seis leguas de Lisboa, y así entendido este nuevo rigor, se le hizo saber con el suceso de su dama, ocasionándole indiscretamente a que, abandonando su peligro y su vida, viniese muchas veces a verla. Y entre tanto, don Luis Antonio, remitiendo a la justicia su castigo y venganza, de suerte apretó el caso, que en breves días tuvieron los dos primos sentencia de degollar y, por el consiguiente, necesidad de ponerse en Italia.

Despidióse primero don Enrique de sus tristes padres, y, sobre todo, convertido en lágrimas, de su prenda querida, de cuyo sentimiento no hay para qué contaros, pues es cierto que sería increíble, y mayormente quedando, como habéis oído, preñada; porque si bien en tales personas, que su agrado bastara a mayor consuelo, el verso dividir de la mitad del alma, del que esperaba por esposo, y la incertidumbre y fin de sus desdichas, justamente se le imposibilitaban.

Corrió, pues, don Enrique con su primo el mar Mediterráneo y, en pocos días, pisó el reino de Nápoles; adonde, atraído de su amenidad y abundancia, fácilmente olvidó la Ruanova, los jardines, las quintas y aun las frescas riberas del dorado Tajo, aunque no por entonces la justa correspondencia de sus padres y dama, a quien, perseverante y puntual, escribía continuamente. Pagábanle ellos en la misma moneda; y, con todo, viendo que en dos años de ausencia no se concluía su perdón, ni menos se le facilitaba algún honesto medio para volver a verlos, casi desconfiando en la esperanza con que le entretenían, trató de divertir sus sentimientos y de aguardar el fin, discurriendo lo restante de Italia y mayores provincias de la Europa.

Es remedio utilísimo aprovecharse, en tales casos, de la variedad y diversión; porque si ya no los concluye, por lo menos los hace más tolerables y pasaderos. Así, por esta causa, como porque otros dos caballeros lo incitaban con la misma curiosidad, avisando a su

patria y dejando al primo en Nápoles para que atendiese a la correspondencia de España, tomar y remitir cartas y avisos, con su nueva compañía dio principio a su jornada y peregrinación.

Desde Venecia, habiendo ya corrido algunos meses lo mejor de la Italia, fue la última carta que de él tuvo su primo; porque, aunque siempre se estuvo en Nápoles, y año y medio esperándole, fue por demás el saberse de él; y así, habiendo vuelto los dos compañeros con nuevas de que le dejaban en la ciudad de Praga, muy al cabo, saliéndose él de Nápoles y advirtiendo a Lisboa de semejante daño, caminó en su busca; pero no hallándole en el lugar que venía informado, ni seña ni aun razón que lo satisfaciese, cruzando la Alemania, se pasó a Flandes, adonde, militando debajo de los estandartes del Archiduque Alberto, a pocos días murió animosamente en la rota de Ostende. La nueva de la enfermedad de don Enrique, y la partida de su primo buscándole y el pasarse otros tres años sin saberse de ellos, no sólo confirmó el rumor que ya andaba en Lisboa de su muerte, sino que ocasionó otra, en su tanto, semejante desdicha.

## CAPÍTULO XVII

*Prosiguiese la historia, volviendo después de algunos años don Enrique a Lisboa*

En este ínterin, el héroe de esta historia, a quien el cielo guardaba vivo, en remotas provincias, siendo cierto el peligro que tuvo en Praga, al fin, convaleciendo, no obstante que sus dos compañeros le dejaron primero, prosiguió sus intentos, mirando muy despacio la Hungría, Transilvania y Polonia; y, por aquella parte de Moscovia, los confines de Europa, hasta la Laguna Meotis; y torciendo el camino, con la misma perseverancia y olvido de sus cosas, paseó el Alemania, y entrándose por el Septentrión hasta la Escandinavia, no sin grandes peligros y necesidades, la atravesó; y en ocasión que, hallando urcas flamencas, pudo pasar a sus Bajos Países, desde adonde, sabida la muerte de su primo, poniendo tal desdicha en el número de los innumerables trabajos que le acarreó su pasión ciega, no queriendo tener a sus tristes padres y esposa en más crecida suspensión, se embarcó para Lisboa, llegando a ella después de seis años de ausencia y de tres que, no sabiendo de él, le tenían por muerto.

Venía ya tan curtido del sol y tan otro con sus peregrinaciones, que pudo seguro aventurarse, saliendo a tierra en hábito flamenco: y así, antes de anochecer, como el amor de su dama arrastrase los demás respetos, sin tocar en su casa guió al convento; en cuyo torno, preguntando con prisa por su hermoso dueño, viéndole la portera, extranjero en vestido y portugués en el habla, extrañó la novedad; y con la misma, oyendo que la traía cartas y que éstas se habían de dar en locutorio, volvió al punto a llamarla.

No incitaba su prisa el pensar de él quien fuese, porque mucho tiempo antes habían olvidado semejantes sospechas; sólo la admiración y novedad del traje formó tales extremos. Tornó, pues, con la respuesta, y más curiosa, le hizo otras importunas preguntas; hasta que, en fin, por remate de ellas, le remitió a una grada, para que allí esperase a doña Leonor. Y habiendo obedecido, después de un breve espacio, que en sus deseos fueron siglos muy largos, vio que abriendo de la parte de adentro una pequeña

puerta, ya casi anochecido, llegaban a la reja cuatro monjas; y que la una, acercándose más, le preguntaba lo que quería. Pero no tocó apenas la voz a sus oídos, y dije mal apenas, a su vista la sombra de su rostro, cuando, sin embargo del velo, del hábito y aun de la oscuridad, conoció en ella no menos que su querido y dulcísimo empleo, a su hermosa dama, a la ocasión que le traía de tan remotas y extranjerías provincias. Y quedando suspenso del impensado trajo de su vista, dio lugar a que, viendo tal suspensión, se le volviese a repetir la misma pregunta, a quien, pasándose algún tanto su turbación y espanto y juzgando por devoción o voto a su venida el religioso hábito, desatando la lengua así, amoroso y tierno, dijo a su dama las siguientes palabras:

-Pues ¿cómo así, querido dueño mío, tan mal conocimiento halla mi voluntad? ¿Tan corto fue el pincel que imprimió en vuestro pecho mi retrato? ¿Ya no me conocéis? ¿Tan poco firme ha sido aqueste esclavo, vuestro amante perdido, vuestro don Enrique ausente, que ni el tiempo ni el hábito le pudieron hacer desconocido en vuestros ojos, olvidado en vuestra memoria? Yo soy. ¿Qué me miráis? ¿Qué os suspendéis? Pues seis años de ausencia aún no han sido los del famoso Ulises, ni los furiosos vientos y ardientes soles, si han denegrido el rostro, por lo menos no han trocado mi alma, no han mudado su ser ni su firmeza; porque ésta ha sido intacta, siempre invencible y perdurable; y lo será también mientras el cielo diere aliento a mi vida y vos olvido a su perseverancia.

Así, llorando lágrimas alegres, discurría don Enrique, cuando atajó su plática el ver que de improviso, al pronunciar su nombre, levantaban los gritos hasta el cielo, tapándose los rostros las presentes, y que, haciéndose cruces, aun sin parar en esto con crecido alboroto, atronando el convento, se salían huyendo de la grada, dejando sola en ella a su hermoso dueño. La cual, aunque se vio desamparar, con varonil denuedo quedó gozando sin temor la presencia del que (si no tenía por el difunto amante) a lo menos creía fuese su espíritu.

## CAPÍTULO XVIII

*Escríbese la traza con que don Luis Antonio dispuso en aqueste intermedio parte de su venganza*

Por cierto que fue la de esta dama maravillosa y gallarda prueba de un firme y verdadero amor. Mas ¿qué no emprenderá este rapaz gigante? ¿Qué hazaña, qué peligro, qué temores, qué riesgos no han vencido y acabado sus encendidas flechas, aun siendo gobernadas del más frágil sujeto, de la más tierna y delicada doncella? No quiero dilatar con tan común materia aquesta historia ni con afectos tan experimentados sus discursos; antes, volviendo a ellos, sabréis si pude con razón exagerar el valiente ánimo con que doña Leonor esperó semejante suceso; pues no fue menos (y según en su concepto estaba creído) que haberse puesto a razones con un muerto, quedarse sola con quien había muchos días que le tenían por tal; y en conclusión, estar firme y entera, hablando a un fantasma, a un alma en pena.

Pasaba esto en hecho de verdad, y así lo he ponderado, porque quiero que así quedéis mejor desengañados en la forma que tan incierta nueva se apoderó, no sólo del crédito y verdad de sus padres y dama, empero de toda la ciudad, de todo el reino. Ya os acordáis,

como atrás queda dicho, el mal que tuvo en Praga don Enrique; el viaje de su primo buscándole, la muerte de éste en Flandes, y últimamente, la gran quiebra y desmán de su correspondencia, cartas y avisos. Es, pues, el caso ahora que como ninguna cosa de estas se le encubriese a don Luis Antonio, porque no sólo en casa de sus contrarios, en el convento de su hija, mas en Flandes, en Italia y Bohemia tuvo centinelas y espías que le advirtiesen de sus pasos, o ya para prevenir su venganza entre ellos, o ya por otra causa reservada a su pecho, y como, fuera de esto, ni los ruegos de poderosos príncipes, de personas religiosas, ni aun las continuas lágrimas de su propia mujer hubiesen alcanzado el perdón del ausente, porque su airado espíritu, presentes sus injurias, clamaba sólo por el castigo y venganza, así siempre regido de sus deseos sangrientos, maquinaba los días y pensaba las noches algún camino o medio que ya en parte o en todo se los diese a sentir sin riesgo suyo. Y con semejantes desvelos, juzgando que el mayor castigo sería dejar imposibilitada de casarse a su hija, no obstante que sabía que por primicias de su parto criaban sus abuelos un hermoso retrato de su hijo, un niño que era su mayor consuelo, emprendió el principal de sus intentos, valiéndose, para mejor ejecutarle, de algunos papeles y cartas que el primo de don Enrique dejó a sus camaradas el día de aquella infeliz rota y su muerte; los cuales, por inteligencias notables, habiendo llegado a su poder, y no menos que en medio del rumor y aun de las lágrimas que derramaban sus contrarios, tanto por el aviso que desde Nápoles tuvieron, cuanto por el que, habiéndole buscado y nunca parecido, envió desde Flandes su difunto primo, aprovechándose juntamente de tan buena ocasión, sin más esperar, hizo que conforme la letra y firmas que tenía, se falseasen unas cartas, con tan dispuesto disimulo, diestras y fundadas razones, que fuesen suficientes a darlas crédito. Fingíase en el principio de ellas cómo el primo difunto, un día antes de la batalla (porque es loable costumbre de cualquiera caballero y soldado), había descargado su conciencia y escrito, por punto esencial de ella, aquellos avisos y cartas; y así, después de un breve prólogo, en que trataban de esto, su progreso mayor fue dar cuenta a sus tíos de la muerte de don Enrique en Praga de Bohemia y de algunos legatos y obras pías que les dejó encargados en el último artículo. Y tras de tan amargas nuevas, largas disculpas en cuanto a la omisión de tal aviso, excusándose con el deseo de atajar su sentimiento. Con lo cual, concluyendo, así mesmo quedó forjado el cauteloso engaño, prosiguiéndolo con tan buena dicha y con tan eficaces razones y fingimientos del portador, que fue un soldado de los mismos Países, que no sólo se creyó y tuvo por cierto, empero se le hicieron las funerales honras, con tan grave dolor de sus pobres padres, que fue mucho poder sustentar la vida, y mayormente la triste y afligida dama, que era el blanco principal de esta empresa. La cual, después de algunos meses, que gastó llorando con perseverancia increíble su miserable ruina, su desamparo y soledad, su viudez sin ser casada, su afrenta sin remedio, y al hijo hermoso con tan infame título, al fin, no pudiendo hacer cosa más digna, rindió a los hados, digo a la voluntad y juicio del cielo, su honrada determinación, tomando el hábito de aquella religión y profesando con gusto y voluntad, llegado el término.’

## CAPÍTULO XIX

*Conclúyese el suceso con el incierto fin de don Enrique*

Ya conseguidos sus rabiosos deseos, si bien malográndose en ellos, murió su padre de doña Leonor dentro de pocos días, dejando cuanto pudo mandar y disponer de su hacienda, repartido en memorias y patronazgos por sí y por su hijo, en que acabó de conocerse el sentimiento intrínseco que le causó su inocente muerte hasta aquel punto.

Éste, pues, era el estado y término en que halló don Enrique su cosas, y éste era el concepto engañoso por quien las monjas, según oísteis, se alborotaron, y con tan temerosa aprensión, que ya, en el ínterin, hubieran muchas apellidado la vecindad si otras más recatadas y prudentes no lo impidieran con más ánimo y brío, pues convocándose casi todo el convento, muy pocas animosas bastaron a que las demás las siguiesen y entrasen con velas encendidas, cruces y agua bendita, adonde, por lo menos, juzgaban hallar muerta a doña Leonor.

Mas como en estos medios su turbación hubiese sosegado, y creciendo las lágrimas y aun las razones dulces de su amante, fuese también cayendo poco a poco en la cuenta, y advirtiendo que no tenía delante ningún cuerpo fantástico, apenas con las luces que entraron acabó de desengañarse y las demás monjas de satisfacerse, cuando reconociendo su desdicha, la cautelosa burla de su padre y el estado imposible a que de su voluntad se había reducido, sin poder resistir el ímpetu y coraje de su corazón, la pena y sentimiento de su alma, turbados los vitales espíritus, se cayó desmayada en los brazos de las que la acompañaban, estando a tan lloroso espectáculo el afligido caballero en términos de hacer otro tanto.

Bien conocieron y rastrearon todas la causa original del paroxismo de la infeliz señora, y así, juzgándola por grande, disculparon su extremo; mas viendo que no tornaba en sí, despidiendo al amante, la llevaron a su lecho, en quien, pasadas veinticuatro horas, cuando volvió en su acuerdo fue turbada la lengua y muerto, por lo menos, todo el lado siniestro, cosa que, aunque aumentó en don Enrique sus desventuras y lastimó generalmente la ciudad, se estimó por menor daño del que prometía tan prolijo desmayo.

Y así, no obstante tales inconvenientes, de consejo de sus viejos padres, que ya gozando de su vista no se acordaban de los pasados males, y con el parecer de personas doctas que tenían por inválida la profesión de doña Leonor, llevando recaudos bastantes, alentado de las lágrimas y continuas importunaciones de su dama, y aun por no dejar su hijo con tan infame título, partió a Roma, si bien sólo sirvió su viaje de cansarse sin fruto y acabar, con el desengaño que allí le dieron de perder la esperanza y la paciencia. Y plega a Dios que con ella no haya perdido el alma, pues desde que se embarcó, para volverse, en una nave genovesa, hasta hoy que se escribe esta historia, no se ha sabido vivo ni muerto de él, de la nave ni de cuantos en su compañía se hicieron a la vela; con que, sin duda alguna, se puede presumir que acabó sus peregrinaciones, sus ansias y amorosos deseos en el mismo elemento, en las mismas aguas y profundas ondas que tuvieron principio, apresurando con tan triste nueva la muerte de sus viejos padres y el miserable fin de la infeliz doña Leonor.